

AFECTACION Y SEGURIDAD EN EL LENGUAJE PORTEÑO

—Usted es como todos —concluyó Alioscha—, es decir, como muchísimos, sólo que no hay que ser como todos, eso es.

—¿Ni siquiera teniendo en cuenta que todos son así?

—No; ni aun teniendo en cuenta que todos son así. No lo sea usted. Usted, efectivamente, no es como todos; usted en este momento no se avergüenza de reconocer sus ridiculeses (. . .). No sea usted como todos; aunque sólo usted no fuera así, no lo sea usted.

Todos hablan ahora sí, porque tal es el medio, y al medio le temen.

Por Bernardo Ezequiel Korembliit

Nota Bene (primera parte) pertinente, y en modo alguno impertinente, como los anteojos con asa otrora (o, ¡ay!, antaño, si lo preferís así) enarbolados a la altura de las cejas por las señoras que, no sufriendo ni de astigmatismo ni de miopía ni de presbicia, y teniendo, por el contrario, la vista perfectamente emélope, necesitaban lo mismo poner alguna distancia entre ellas y el interlocutor, a quien veían, sí, pero anímica y conceptualmente no podían ver, como mucha gente —GCU y GCE— no puede ver el enmantecado, neumatósico y eructador Mosquera aunque lo tenga delante (no sé quién es ni quién será este ser amondongado y repulsivo que tantos toman como paradigma de lo desagradable y arquetipo, por antítesis, de lo que exactamente no es un querube erubesciente, pero las observaciones de la gente que lo describe así (tapándose las narices) sirven a los fines de lo que he señalado respecto de que uno tiene delante a alguien pero no lo puede ver: en este ensayo (debo llamarlo así) empleo los vocablos **pituco**, **pitiquería**, **mersa**, **In**, **Out**, **GCU** ("gente como uno"), **GCE** ("gente como ellos"), **quemarse**, **vista**, **mersismo**, **cache** y otros de la misma naturaleza, porque, dado mi sumiso discipulado joyceano, sé que el escritor debe ser como lo prescribía el omniscio James Joyce: fidelísimo pero no santurrón del Diccionario e inventor cuando el sabio e insuficiente Diccionario no satisface el hambre y la sed de su expresión y, como hago yo ahora, valerse de los vocablos que el uso y el tiempo han demostrado su irremplazabilidad, y por consecuencia su legitimidad, o, para decirlo con un solo término, valerse de vocablos que el idioma posee por usucapión (muy extraña palabra, pero muy bella, y creo que si James Joyce hubiese hablado y escrito en castellano se le habría hecho agua y usucapión la boca). En fin, que pituco —ésta y todas las otras irán en adelante sin destacarse—, pitiquería, mersa, que-



vi m
Pag-68-

mersa, GCU, vista, mersismo, GCE y cache aparecen aquí con toda su vigencia y su regencia, y ojalá la plenipotencia de pituco, mersa, quemarse y etcétera sirvan como buenos embajadores del fondo y la forma de este

ensayo. La segunda parte de esta insólitamente inicial Nota Bene consiste en decir que el presente trabajo está dedicado respetuosa y admirativamente a mi ilustre e invisible (pero existente) contemporáneo Juan Carlos Colombres (y no se crea que no digo directamente Landrú por un pavoneo de pitiquería), un intelectual y un artista de cuya ceraonográfica inteligencia somos deudores los argentinos: pues Landrú, fino, profundo, estrangulador boa constrictor de estulticias y constructor de sabias reglas de higiene verbal y de conducta para el mejoramiento de la raza humana nacional, y supremo consejero en el arte y la ciencia de no ser ridículo, poniendo en solfa a los IN y a los OUT, a la afectada GCU y a la natural GCE, y en berlina las ordinarietas y sanchopanceses de los mersas y las extravagancias y gazmoñerías de los pitucos patarateros, ha documentado y confirmado la sutileza moral y la sutil moralidad subrepticias del humor. Sus notas clínicas y quirúrgicas en revistas avunculares ("Tía Vicenta" y "Tío Landrú") pertenecen a la mejor etnografía y psicología argentinas. A él le dedico, con gran admiración por su talento en ascuas, este ensayo.

La tercera (y última, puede tener confianza el lector) esquirla de esta Nota Bene se desprende para advertir que este trabajo es un capítulo bienintencionado (si no me horrorizara la palabra, diría edificante) y en favor de las personas finas y distinguidas (**fino** y **distinguido** constituyen una de las acepciones que la Academia de la Lengua da al adjetivo aristocrático) que olvidan las exigencias que impone la inteligencia a todo aquel que quiera ser distinguido y fino. Sé bien que "entre la alta distinción de un clubman sin personalidad y la alta aristocracia de un Goethe, media un abismo" (Manuel Gálvez dixit), pero aquí no trataré esa diferencia: hacerlo, me llevaría inevitablemente a maltratar con empujones y zurriaga-

zos a los distinguidos sin personalidad, y mi propósito no es ese, no es el de mantear al aristócrata sin calidad goetheana hasta dejarlo hecho un eccehomo, sino otro, inmediato y directo: reconocer que un ser distinguido (clubman, petimetre, lechuguino, pisaverde, niño gótico, dandy o Don Diego amerengado), aunque no tenga personalidad tiene igualmente todos los encantos de la distinción —esto nadie podrá negárselo y nada podrá quitárselo, porque es orgánico y constitucional en él—, pero, reconociéndolo, conminarlo, instarlo a que él reconozca que la aristocracia, lo bien y la pituquería exigen un compromiso, una infurción ineludible, y dos de sus tributos son los de ser inteligente y sencillo, como lo son casi siempre los auténticos aristócratas de cepa. Tampoco “discurriré” (como diría un mersa que buscara ser fino) acerca de que “el aristocratismo es una actitud ante la vida” y que “el aristócrata lo es por temperamento” (definiciones de Manolo Gálvez, un pituco que se reía de los que decían **vista** por película y “después de almuerzo” por “después del almuerzo”). Como decía cuando me interrumpí, éste es un fragmento de un capítulo de mi libro **Historias** (o quizás diga **Inventario**) de **insenescentes, unicaules, paroxismales y helicoidales**, fragmento que he de transcribir para LYRA, reiterando mi proverbial afición por conceder a la revista de Francesco de Ecli Negrini, vía factótum Carlos Bravi, las primicias exclusivas de mis trabajos, fidelidad hipocámpica que conocen bien mis lectores y amigos de LYRA. Lo que ahora va a leerse es un ensayo de buena voluntad en beneficio de las personas finas y distinguidas que tratan de serlo como si olvidaran o no se diesen cuenta que lo son y no necesitan hacer nada para serlo ¿Falta de memoria? ¿Distracción? A mí me parece (tesis que me ha confirmado el autorizado sociólogo Norberto Rodríguez Bustamante) que es la inseguridad, tan dostoyevskianamente inherente a la naturaleza humana.

.....
 ...pues yo creo que, verdaderamente, se quema, con excoiaciones de primer grado, quien diga “córteme el **cabello**” en lugar de el **pelo**; y quedará como tostado por la hoguera de la Inquisición y decididamente carbonizado el cache que invite a cenar y no a comer, como si el verbo de la segunda conjugación no fuese tan delicado y grato como de veras es comer (pero siempre que no coma matambre con muchos ajos o demasiada cantidad de repollo, que no huele mal pero produce borborigmos, y esto es terriblemente chocante,

frightfully shocking, a menos que le ocurra al desacreditadamente tan sonado Mosquera, reputado, según informe de sus relaciones, como el supremo celeberrimo gran borborigmizador porteño); pero creo también que el fuego lo devorará a uno y lo consumirá a cenizas, como le decía Farel a Calvino, y se quemará y arderá con tal combustión que ni el humo se desprenderá de él, quien diga **vista** en lugar de película o cinta o **film**, y también arderá crepitando como el alquitrán sobre el asfalto quien mire al **maître** con aire ausente y le diga “yo **tomaré** milanesa con papas” o “**tomaré** arroz con pollo”, expresiones tan absurdamente finas —pues, de veras, son finas, pero absurdas, y la ley de la inteligencia prescribe los absurdos, y no tiene gracia ser fino pero absurdo, y quien quiera ser auténticamente fino que no sea absurdo—, tan absurdamente finas como es horriblemente desagradable escarbarse furiosa o delicada-



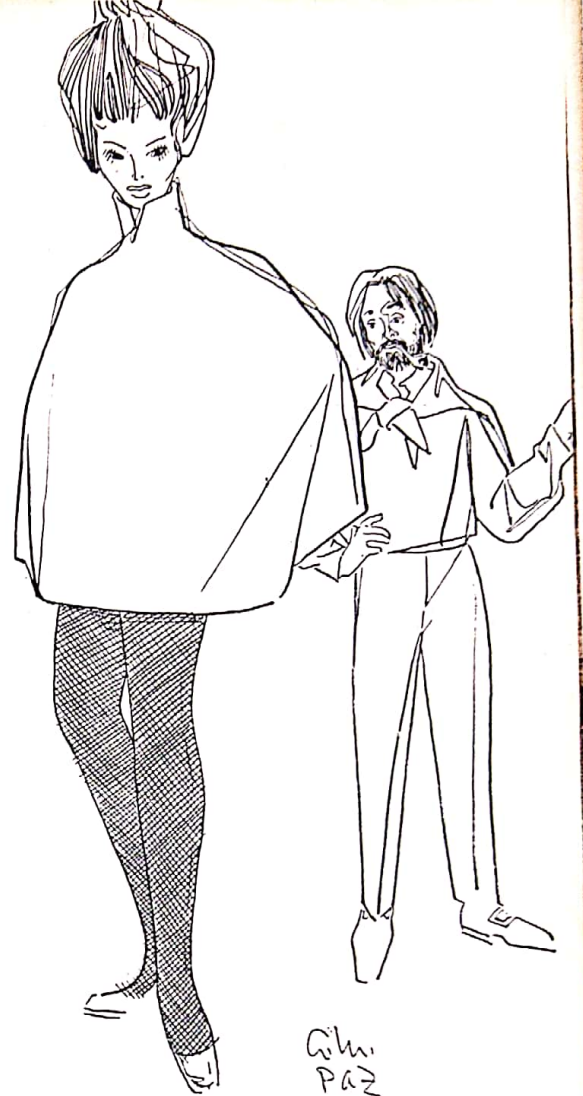
mente los dientes. Y dejo sin tratar la cuestión (toda una expectante interrogación) de si el que “**tomará** arroz con pollo” a comerse el borgoña, porque no debo ser excesivamente analizador de la piel achicharrada de los que se carbonizan en el fuego que los quema en uno y otro extremo del segmento electrocuidador: el extremo del mersismo y el de la pituquería afectada. Creo —ya debía haberlo dicho— que es preferible ser pituco antes que mersa, como es preferible ser exageradamente delicado (una exageración legítima y plausible si se mira bien) antes que ligeramente ordinario, y hasta es preferible el snobismo a la vulgaridad corriente, preferencia no ideales pero que se justifican pensándose en lo impactante, en lo tan chocante que es el mersismo y la vulgaridad, pero hay que reconocer que el otro extremo —“**tomar** arroz con pollo” y ver una **vista**— es igualmente un error, aparte de constituir una preciosa ridiculez,

como diría Molière. Además, un superfirolítico auténtico, un aristócrata de veras, debe ser antirridículo y antiabsurdo, porque si no lo es su idiosincrasia fililí y su aristocracia “sufren grave desmedro”, para decirlo en uno de esos lugares comunes que son salivable golosina y **masticable Fruna** para los escritores mersas. “¡Ah, pero ese señor, que es, se lo puedo asegurar, un aristócrata desde la raíz del árbol, no es inteligente!”. Entonces, ¿para qué y de qué sirve ser aristócrata, fino y pituco? Nada sirve y nada vale sin la inteligencia. ¿Qué valer un escritor, un artista, un científico (en quienes se da por supuesto un privilegio, una categoría espíritu-intelectual) si no es inteligente? (La inteligencia, como la música, **selon Verlaine, avant toutes choses**). Ante la disyuntiva entre el ordenanza de la Universidad, inteligente, y el rector sin inteligencia, la opción es inmediata y el voto no es secreto. Un ser distinguido, del mismo modo que no usará el cuello de la camisa de sport fuera del saco ni el chaleco tan corto que no cubra la hebilla del cinturón, no dirá **vista** ni “voy a **tomar** mayonesa de salmón”, porque estas expresiones, aunque sean del vocabulario de la gente pituca, no son ni finas (pues un individuo fino no es absurdo) ni distinguidas (puesto que un ser nacido y criado entre la distinción y las buenas maneras no es ridículo) y, en suma, tampoco son finas ni distinguidas porque no se puede explicar en qué y en dónde residen su finura y distinción. “Pero de nada que sea fino y distinguido puede decirse por qué. Lo es, simplemente”. Esta declaración es justa, es verdadera, pero no lo es enteramente. Es cierto que lo fino y distinguido es un imponderable, una inefabilidad que no puede explicarse, y sin embargo está a la vista, por ejemplo, por qué decir **comida por cena** y **pelo por cabello** y cómo les va en lugar de **buen provecho** es elegante, delicado y hasta pituco, ¿por qué no?, con esa pituquería grata por lo que tiene de sinónimo de gracia e inteligencia. Está a la vista porque además tiene la explicación en la evidencia de que lo de **cabello, cenar** y **buen provecho** son cursilerías propias de los cache: **cabello** y **cenar**, dos afectaciones; y **buen provecho** un augurio malsonante y una tonta costumbre a pesar de la buena intención. Ya se ha visto —me parece— que tomo partido por la pituquería y no por la ordinariéz, y si se me dice: “Pues no tome partido ni por una ni por otra: adhiérase al término medio”, contestaré que sí, que opto por el lema griego: **meden agan**, “nada con exceso”, pero es tanto mi horror por la ordinariéz y la vulga-

ridad que, si para escapar de ellas, hubiera de ser inevitable caer en la pituquería, pues acepto la inevitabilidad y la caída. En esto, todo es como con el ingenio, que es (pero sólo en algunos casos) la inteligencia de los superficiales: su exceso cansa y abruma, y sin embargo es preferible el exceso a la falta de ingenio, y paralelamente, es preferible el exceso a la falta de finura, aunque su exceso conduzca al amaneramiento. Lo peor de todo es la falta de buen gusto, de elegancia, de singularidad, de buena educación incluyendo la refinada, pero lo peor es también la falta de inteligencia y el caer prisionero de una tribu de zulúes antropófagos por escapar de un clan de canibales antillanos o de cualquiera otra de estas agrupaciones sociales siempre adéfagas y nunca sobrias (y ya puede ver el lector que no soy mersa, pues de serlo habría dicho salir de guatemala para caer en guatepeor, expresión que únicamente puede escapárseme si estoy intumescido "después de almuerzo" en casa de Polola o en la de Mantantirulirulá). A su pedido, no he de nombrar a algunos prominentes argentinos (escritores, psicólogos, psicoanalistas, a quienes he consultado sobre esta cuestión), que pertenecen a la aristocracia del país, y son aristócratas serenos, apacibles, seguros de su distinción y, por consecuencia, de lo único que se cuidan es de la afectación (que detestan). Abriendo bien los oídos, se oye a una escritora de esa condición social: "Quienes hicieron esa película no conocen a Lawrence de Arabia", y comiendo con ellos se ve que musitan mientras leen el menú: "yo voy a comer —no a tomar— ensalada y voy a tomar vino blanco". Son aristócratas y hasta pitucos, pero inteligentes, por cuya importantísima razón también se les oye decir: "Después del almuerzo me voy con Pirula a Plaza Francia". Pero dobleguemos la espalda bajo el knut de los pitucos afectados, pues, según la gran pituquería artificiosa, esos pitucos auténticos se queman (¡qué insensato modo de juzgar, creer eso, qué tonta y bárbara opinión!). Pero la tontería y la injusticia en las que es susceptible de caer la desatinada criatura del Altísimo son inmensurables, y las confusiones y las patinadas de los que hablan y actúan afectadamente, incontables como las variaciones del paisaje de Catamarca y las semillas en los silos de "San Ramón". Vuelvo al meden agan griego para pedir que se reconozca que tanto debe ir al Instituto del Quemado por haberse cubierto el cuerpo de ampollas, burbujas hirvientes y flictenas el que dice "voy a tomar tortilla", vista y "des-

pues de almuerzo" o "este vestido es para Colón", como el que, al concurrir al picnic organizado por el Club "Flores que Surgen" lleva la infaltable pulsera de identificación comprada naturalmente en una "joyería" de la Avenida de Mayo y mocasines con gruesa hebilla labrada, y los mocasines, ¡faltaba más!, con vitamina C, quiero decir, anaranjados. Hay que pedir, hay que rogar y suplicar que se reconozca que si el pituco elige decir la cuenta en lugar de la adición, pues, efectivamente, es menos rebuscado decirlo así y es como debe decirse, ¿por qué, entonces, no es también sensato y natural y no dice "voy a comer o pedir pescado", en lugar del afectado, estaférmico, jerigonzo y supuestamente elegante, pretendidamente chic tomarlo, o película o cinta antes que vista, palabra que se usaba en la época del shimmy, el salto-en-cuclillas y el paso-camello, propia de una señora que viste encaje antiguo y sólo le falta el arsénico para que venga y la firme Agata Christie? Dos anotaciones finales: Le he dicho a un amigo muy fino que milita en el bando superfirolítico, pero que está, con su inteligencia y su cultura, por encima de las nadas aéreas (Shakespeare) del bando "asaz" pituco: "No tengas miedo de quemarte: sos un pituco sustantivamente pero no lo sos adjetivamente. Sos un ser inteligente, diferente, un poeta, un escritor. Si Odile Baron Supervielle y Adolfo Bioy Casares y Mallea y Beatriz Guido y la pálida rosa Lisa Levinson, que integran tu bando, dicen película, y "después del almuerzo", no te preocupes entonces quemarte junto a ellos en lugar de salvarte en casa de Polola". Como es imposible no volver al lugar del crimen (ya lo demostró el estudiante Raskólnikov), repetiré que, siendo grave el mersismo de la aristocracia, es más grave aún que el aristocratismo de la mersicracia (no es posible, por supuesto que no, que un mersa tenga nada de aristócrata, pero imaginémoslo eventualmente), porque si el mersa se esmera con influyente artificiosidad, pues perdonémoslo, porque, ¿qué es lo que busca el limitado, el desventajado, el menguado con una de las manos delante y la otra atrás?; ser o parecer distinguido, fino, bien, mejor. No es una aspiración indigna ni reprochable. Pero cuando el pituco se esmera en la afectación, ¿qué sentido tiene? Es incomprendible. Solamente el oráculo y la sibila podrían contestarnos.

Este bivio donde se unen y a un tiempo se separan mersas y pitucos no es una superficialidad, y muy profunda es la cuestión y la indagación psicociológica del pituco que es afectado para ser pituco, cuando ya



¡QUÉ QUEMO! SE VIÑO
CON SMOKING Y
GALOCHAS



es noble y bellamente pituco sin la afectación. Es muy profunda y muy seria la cuestión, pero reconozco que sería muy divertido —por su que lo sería— que viajásemos a Delfos para formular las preguntas a pitonisas, demiurgos, arúspices y qué se yo y yo que sé.